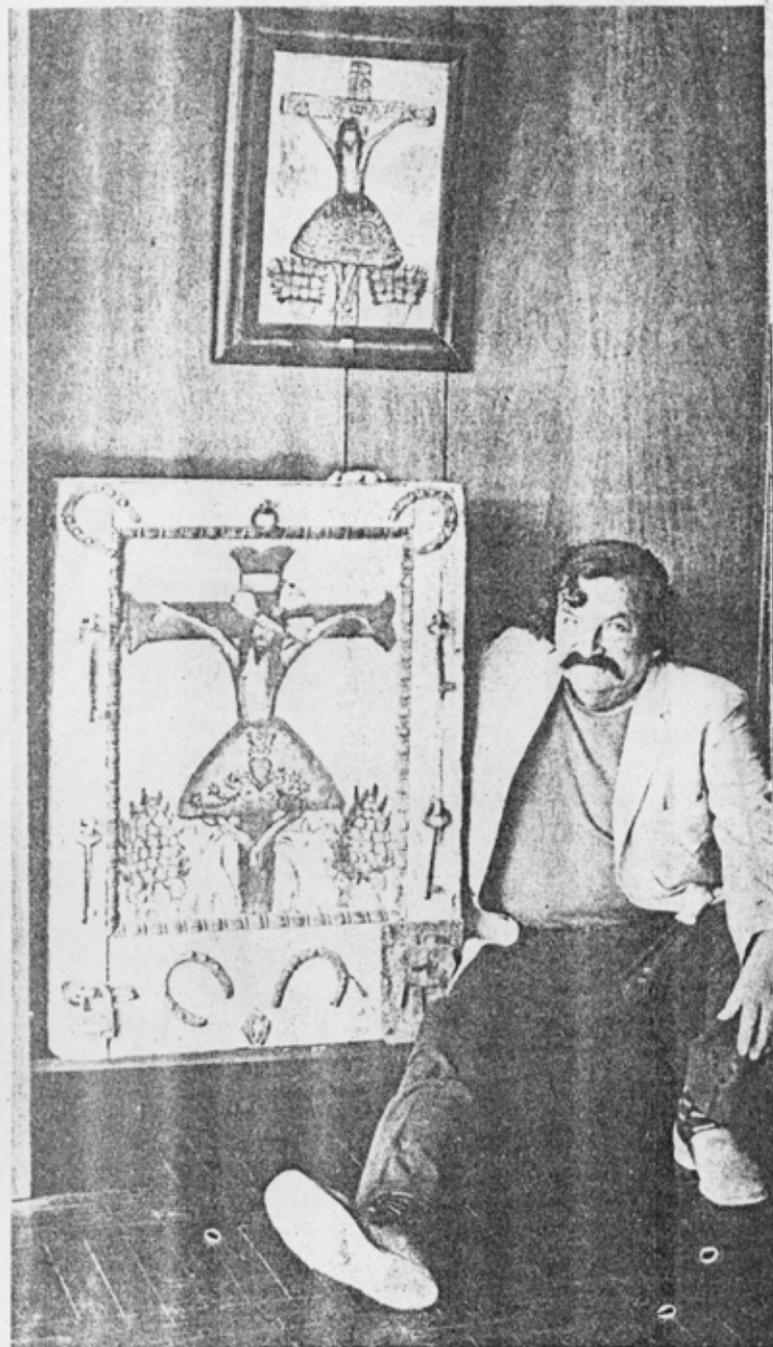


SAGRADO Y PROFANO



Guzmán Manzaneda, el graduado de Bellas Artes que se internó en la sabiduría pictórica de la aldea mestiza.

GUILLERMO Guzmán Manzaneda ha exhibido en Lima una "Antología de los Cristos populares". Esos Cristos hicieron el milagro de arrancarlo de su terruño huanca y traerlo a Lima, "ciudad mediocre —dice— donde no hay color, ni euforia de danzas populares, ni mozas con paredes blancas y cielo azul". Lima, por su parte, casi no se enteró de la existencia de esta pintura extraordinaria.

La muestra se diría imaginada por Apolek, el pintor borracho de la "Caballería Roja" de Isaac Babel: es una recreación de los Cristos de artistas ingenuos que nunca vieron un cuadro pero se atrevieron a pintar uno en altares de la puna, en gutas roqueñas, en un pedazo de madera recién arrancado al bosque o en paredes de quincha.

El resultado es una de las creaciones pictóricas más perfectas, gustosas y audaces del Perú. No faltará quien diga que con Guzmán Manzaneda al fin tenemos al Chagall peruano, por la rica invención de formas o el templado júbilo de los colores. Sólo que en Guzmán Manzaneda no hay imitación, por mucha que sea su malicia de artista y su destreza de oficio. El asimila las formas que inventó nuestro pueblo, las acomodada en un superior plano estético. Los colores reflejan nuestra naturaleza y nuestras viejas o actuales culturas profundas. Los amarillos, los naranjas, colores de los inquietos y creadores, se imponen a los verdes o azules de los plácidos. La imaginación preside ese mundo primario y hermoso. Una imaginación personal y poderosa.

Pero hay algo más detrás de todo esto. La lección estética de una vida enemiga de la bohemia fácil, que practicó temprano, la renuncia a la celebridad y a la exhibición en los cafés, y que abrazó el trabajo diario con los pinceles en una humilde chacra huancaína. La vida de un hombre que allá por 1947 pintaba para los obreros y los campesinos manceas un Túpac Amaru antes de que éste se incorporara a la fácil hagiografía de la moda.

Eso explica, por ejemplo, ese Cristo de los Mineros de Cerro de Pasco, rico en drama colectivo y belleza cósmica y espiritual. Allí están la esperanza sagrada, el sueño y el ansia de belleza de los mineros. El joven Hegel escribió: "el despotismo de los emperadores romanos expulsó al espíritu humano de la tierra y difundió una miseria que obligó al hombre a buscar y esperar la felicidad en el cielo". Guzmán Manzaneda, viril señor de los colores y las formas, ofrece a su gente la imagen de esa búsqueda y esa esperanza, iluminada por otros sueños no menos terrestres.

No sorprende que él pueda encontrar los socavones del sentimiento popular. En el valle del Mantaro es familiar su figura bailando en las fiestas colectivas, contemplando lo que él llama "borrascas" y que son en realidad arrastranakuy (llevada de cholas al maíz) o entonando, al lado de su viejo amigo de infancia "el mocho" Néstor Chávez, mulizas de los tiempos de don Adolfo Viernich.

Alto y fornido como ese Courbet que reinventó el realismo y exploró los nuevos senderos de la pintura humana, Guzmán Manzaneda cree muy poco en los intelectuales y casi nada en los pintores del país. Excepción hecha de José Sabogal ("fue vejado por la oligarquía porque pintaba indios, muchos indios") y de Mario Urteaga ("el maestro de escuela que se transformó en cantor de su pueblo porque pintaba sin pensar en la fama ni en la plata").

Ahora, entre las sombras casi unánimes de la crítica, el artista maduro prepara una exposición de sus Cristos en Comas o en cualquier

otro lugar "donde no sirvan de adorno para unos pocos". "¡Cobraré, pues, un sol o diez soles, voluntariamente; pero no quiero que mis cuadros se conviertan en decoración inútil!".

"Yo deseo —escribió Chagall— un arte de la tierra y no sólo un arte de la cabeza". Ignoro si Guzmán Manzaneda conoce el aforismo. No interesa en este caso. Pero sin duda resultan imprescindibles algunas de sus palabras sobre su obra y sobre la pintura.

¿A qué crees que se deba que no seas pintor famoso en el Perú? le pregunté un día. Quizás no me escuchó; pero me dijo: "Con arte no se engaña. Con arte no se hace arribismo. Con ninguna profesión de honor se puede hacer arribismo. Claro que hay pintores con mucha facilidad para hacer un panfleto moderno; pero la pintura en sí es hueca, no tiene mensaje". "En arte hay que ser libre. El pintor tiene que pintar lo que le nace. A mí me decían: "pinta moderno, pinta moderno". Yo dije: no me nace, no me gusta, y en mi gusto nadie manda..."

"Cuando estaba joven, mucho me decían que buscara un empleo serio, en lugar de dedicarme a la pintura. Yo pensaba: qué cosa voy a hacer para cuatro días de vida que tengo. ¿Voy a estar de profesorcito? ¡Yo quiero ser un artista! ¡Yo quiero dejar mi nombre en mi pueblo! Los profesores me miraban orgullosos porque ganaban plata".

Lo interesante es que Guzmán Manzaneda rehuyó el éxito al borde mismo de sus halagos. Fue en los días en que Walt Disney, de visita en Lima, le compró de un solo golpe cuarenta acuarelas y en que Eduardo Moll escribió que él era "el mejor acuarelista peruano desde la época de Pancho Fierro".

Súbitamente aprisionado por el recuerdo, decidió volverse a su tierra huanca. Allí empezó el ciclo de esos grandes óleos que abarcan el cielo y la tierra y en que caben el frenesí del huaylarsh, la borrachera de los colores, la cara chola de los Cristos y Marías, la luna poderosa y el inmenso perfume, la transformación de la materia, la delicadeza y la unión del esfuerzo humano.

(César Lévano)